

que yo ocupaba en la casa que había elegido para el colegio, vivía una Señora que alquilaba un cuarto y en éste fué á vivir un Señor Carpio con el cual se hallaba una jóven de muy bonita apariencia á quien ví varias veces. Yo pasaba muchas ocasiones cerca de estas personas, y las saludaba con una ligera inclinación de cabeza.—Cierta día en que se trataba entre ellas de los temblores, cosa de que se conversaba con preferencia en aquellos días, yo les obsequié un impreso de Zúñiga y Miranda; ellas me dieron las gracias y de ahí principió nuestra amistad.—Rode, á las preguntas que después continuó dirigiéndole el Señor Presidente de los debates, dijo que en la casa del Señor Carpio, que estaba recién llegado con su esposa de San Luis Potosí, conoció á la que fué su esposa, que le pareció un ángel y creyó que la conducta de ella era irreprochable. Una vez la sorprendió en los momentos en que estaba lavando el suelo; el mismo Rode indicó á la madre de la Señorita Zornoza que le impidiera á la jóven esos ejercicios, porque según él mismo contó á la referida Señora, su primera esposa había fallecido de una enfermedad ocasionada por las rudas faenas\* domésticas. La Señora respondió á Rode, que ella educaba á su hija de aquel modo para que sobre llevara los deberes de la casa sin repulsión, cuando llegara á casarse.—Rode también declaró que, antes de contraer matrimonio, algunas personas le indicaron que obrase con prudencia y que tomara informes acerca de la conducta de la Señorita Zornoza. Una de esas personas fué el Señor Marquet, amigo del inculpado y á quien éste colocó en su colegio y lo presentó como su socio.—Describió Rode con minuciosos detalles la escena en que el Señor Marquet le dijo que debía tomar informes acerca de su prometida con un Señor Sánchez ó Pérez, empleado en la garita de la Tlaxpana. Rode aceptó las indicaciones del Señor Marquet, no así las que le hizo la Señora que alquilaba habitaciones al Señor Carpio, porque creyó fundadas esas en las rencillas de vecindad que había en las familias. Y comprobando lo que dicho queda, fué Rode á la garita de la Tlaxpana, habló con un Señor Arroyo, quién

apenas le dió datos referentes al individuo Sánchez, ó Pérez por quién había preguntado. Al salir de la garita vió á su novia; ella palideció al mirarlo; él provocó una aclaración, hubo entre los dos frases más ó ménos tiernas, y Rode concluyó por creer buena á su novia y hasta le dió una satisfacción por haber dudado de ella.—El inculpado era frecuentemente interrumpido por el Juez, quien le ordenaba que fuesen más precisas sus respuestas y no se desviara del punto principal de su declaración.

PROTESTA DE LA DEFENSA.—Esto motivó una observación del Lic. Verdugo, sobre la libertad que debía tener el acusado para declarar, libertad que le otorgaba la ley.—El Juez dijo, que en su oportunidad el presunto reo tendría toda la amplitud que quisiera para declarar; pero que en la dirección del interrogatorio él era el soberano.—El Lic. Verdugo pretestó contra dicha soberanía, que en opinión de la defensa era ilegal.

RELATO DE RODE.—Rode narró después algunos detalles que ponen de manifiesto las malas costumbres de su esposa, y entre otros casos refirió éste: Que una noche hallándose en el Teatro Hidalgo, su esposa se puso á fumar un cigarrillo con el codo apoyado en la balastrada del palco. El le hizo á su esposa algunas observaciones que dieron lugar á un disgusto de familia, al cual contribuyó con no poca parte la mamá de Amelia.—“Después, ella misma, mi esposa, al repetir las palabras indecentes que tanto me habían herido y cuyo sentido le había hecho comprender, me reveló con toda claridad su adulterio.”—Después reveló ciertos detalles sobre algunas costumbres de su esposa, manifestando una gran mortificación, y sólo á repetidas instancias del Presidente, hizo algunas vagas aclaraciones sobre esas costumbres; pero el Juez mandó dar lectura á una declaración más detallada sobre hechos de la vida íntima. Una vez Amelia contemplaba por un agujero que correspondía á la Aduana, el cuadro que formaba una prostituta con el seno descubierto y en la mano una copa de

pulque, en presencia de algunos dependientes. Estaba tan abstraída en esta contemplación, que no observó la llegada de su esposo, quien tomándola por la cintura le dijo:—¿Qué haces?—Nada, nada, vente..... La curiosidad hizo á Rode fijarse en aquella abertura y vió lo que Amelia contemplaba. Se disgustó mucho cuando ésta le indicó que aquella mujer hacía frecuentes visitas á sus vecinos, y siempre se embriagaba con ellos, entregándose á actos desordenados. Conocía hasta su nombre, todos le decían: Mercedes la Española.—Los hermanos A\*\*\* declararon que la pieza donde tenían lugar esos hechos, estaba perfectamente incomunicada de la ocupada por la familia Zornoza. Rode en comprobación de su dicho, manifiesta que ellos mismos declararon ser cierto lo que había visto, y dió algunos detalles sobre la habitación y sobre el papel de china algo desgarrado que cubría los vidrios.—Rode pudo convencerse de que su esposa no tenía todo el pudor é inocencia que son de suponerse en una joven bien educada y una mujer decente. La familia Zornoza, entre tanto, asegura que Rode era un hombre corrompido, y como prueba presentó el Sr. Zornoza una carta que había recibido Amelia cuando ya era esposa de Rode, carta que puede ser sumamente indecente ó bien en extremo inocente, según lo explica Rode, quien dice que no tiene nada de particular. Es una carta de guasa, muy explicable por la corta edad de Amelia y por el profundo cariño que le profesaba Rode; además, ya eran esposos.

TESTIGOS.—Algunos testigos refirieron que Rode era en extremo celoso, y además, que había empeñado hasta las enaguas de la criada. El procesado indica por qué hizo ésto. Estaba muy pobre, para dar una prueba de cariño á la que fué su esposa, se casó con ella por lo civil; la dejó en la casa de sus padres, tanto por darle una prueba de respeto á ella, como á la sociedad, con cuyas costumbres no quería ni podía chocar porque era profesor y debía ser intachable su conducta. Manifestó á Amelia que no podía casarse porque carecía de recursos; también se lo manifestó á su Padre, y habiendo con-

venido todos en que hasta el año siguiente se verificaría el matrimonio por la Iglesia, lo contrajo por lo civil.

EL MATRIMONIO ECLESIASTICO.—Un mes y días después de ésto, la joven tuvo un disgusto con la madre, y entonces exigió á Rode que la llevara á su casa; para ésto era necesario el matrimonio religioso. Se resolvió á hacer un sacrificio, y pidió á un Señor Arellano algo más de cien pesos. Con esta suma pudo verificarse el matrimonio eclesiástico.—Bajo estos auspicios, el hogar de Rode estaba muy pobre, casi en completa miseria; en consecuencia, tuvo que empeñarse el traje de bodas; después algunos otros de la esposa, y por fin la criada, por su propia voluntad, empeñó un día de grave apuro algunas de sus prendas, para ayudar á Rode.—Otros testigos revelan que Rode era sumamente celoso, que tenía celos hasta de un niño de tres años y otro de siete. Rode dice que el detalle de los niños es completamente falso; pero que no carecía de verdad el que estuviera celoso. Su esposa lo había engañado diciéndole que iba á ver á la abuela, y se fué á un día de campo; otra vez vió una carta que un individuo le había mandado, otra vez se había fugado de la casa llevándose toda la ropa, por lo cual Rode solicitó ante la autoridad un divoreio del que después se desistió.

OBSERVACIONES.—El observador menos hábil comprende que en el proceso Rode se agitan importantes problemas, sociales, que es el resultado de esa lucha ardiente, desesperada, que la clase media emprende por llegar á la superior, lucha que tiene por resultado el desarrollo intelectual y moral, y con alguna frecuencia, el rompimiento del equilibrio moral

## AUDIENCIA DE LA TARDE DEL DIA 11.

Continúan los debates.—Interrogatorio.—Nuevas é importantes revelaciones.—Actitud del procesado.

Abierta la audiencia á las cuatro menos cuarto, continúa Rode contestando al interrogatorio que le hace el Señor Presidente de los debates.

Presidente.—Segun la declaración que han rendido varios testigos, usted daba mal trato á su esposa; usted le pegaba, ¿es cierto?

Rode.—No es cierto, Señor Presidente.

Presidente.—Cuando usted pretendió divorciarse, el Señor Lic. Arroyo de Anda concurrió á la casa de usted y ahí su esposa se quejó de que sufría constantemente por sus injustificados celos, por eso la maltrataba, y por eso también se refugiaba la Zornoza en la casa de sus Padres. ¿Tenía razon en esas quejas?

Rode.—Iba á esplayarme sobre ellas. Lo primero que debo hablar es sobre los malos tratamientos. Es cierto que en un momento de ofuscación la cogí con fuerza de la muñeca y la arrojé sobre una cama, y eso fué por lo siguiente: daba yo mi clase á las señoritas que concurrían á la Academia gratuita; Amelia dió un ligero golpe en la vidriera de la recámara, el que yo no escuché, por esto siguió llamando con ira, dando fuertes golpes. ¡Voy! ¡voy! dije, y supliqué á mis discípulas se retirasen; no acababan aún de salir cuando yo entré; Amelia me recibió furiosa, y con el puño cerrado me pegó en un ojo; entónces yo cegado, hice lo que he referido; pero no bien la ví en el lecho, me arrojé á sus piés aterrado, conmóvido. ¿Ves á lo que me precipitas? Perdóname, perdóname.....yo no tengo la culpa de estos actos salvajes de los que jamás tuve ejemplo en mi familia.—Presentes estaban Luz Castillo y su hijo, ellos decían á Amelia: Oh! Nó, usted no debe tratar así al Señor Rode....

Presidente.—Este hecho es la primera vez que usted lo refiere, á pesar de haber ampliado frecuentemente sus declaraciones.

Rode.—Yo no he leído la causa, pero estoy casi seguro de que consta; además, todo lo que refero puede probarse con los testigos.

Presidente.—Yo no niego á usted el derecho de hacer nuevas revelaciones; lo único que decía era que esto no constaba en la causa, porque en efecto, no consta.

Rode.—Hay numerosos incidentes que no me ha convenido revelar; pero que lo haré ahora ante los Señores jurados.

Presidente.—Luz Castillo asegura que usted con frecuencia sacudía por los brazos á su esposa, no una sola vez.

Rode.—Puedo asegurar que esa es la única vez que usé de violencia. Como ya he dicho, esa mujer es la única criada de confianza que había en la casa, y como es algo parienta de la familia Zornoza, después se le han dado consejos en mi contra; ella y su hijito lo presenciaron todo. ¡Ojalá que dijesen la verdad!—Respecto del Señor Arroyo de Anda, tengo que manifestar lo siguiente. El es una persona muy honorable, pero en cumplimiento de su deber como abogado, puso un escrito jurídico, con el objeto de contrariar aquél en que yo había pedido el divorcio; allí exponía ciertas especies, sin más fundamentos que los informes que mi esposa le dió, y además, tal vez obligado á ello por las indicaciones de su respetable esposa, á quien Amelia llegó á impresionar en su favor, como me impresionó á mí con su fino trato. Esos son ardides profesionales que yo perdono de todo corazón al Señor Arroyo de Anda; los diálogos que supone este Señor tuvieron lugar entre mi esposa y yo, son enteramente falsos. Yo accedí á tener una conversación con Amelia porque la amaba.... Ya he dicho que estaba celoso, sí muy celoso, el engaño del día de campo, la fuga, la carta; esto ya es un cúmulo de antecedentes que me obligaron á estar celoso. Ahora las veces que Pedro Vázquez y su mujer me referían con minuciosa conformidad de detalles la escena de la carta que le arrojó á mi

esposa el *catrin*; yo bien sé que el primero es un bribón; pero la conformidad que tenía con Chona era la que me convencía. Me parecía imposible que mi esposa me fuera infiel tan pronto. Esta fué la primera revelación que tuve de algo grave; antes no había habido sino incompatibilidades de carácter, malos modos, palabras duras; lo de la carta sí me inspiró serios temores por mi honra, verdaderos celos.....

Presidente.—Vamos procediendo con algún orden; la primera parte de mi pregunta se refería al mal trato que de usted sufría la Zornoza, ¿recuerda usted algún incidente que tuvo lugar en la casa de la familia Arévalo?

Rode.—Sí.

Presidente.—¿Con qué motivo se golpearon ustedes mutuamente?

Rode.—Estábamos desayunándonos en la casa de la familia Arévalo, y como Amelia le dirigía algunas palabras muy duras á la criada, yo le estaba manifestando que no debía usar de lenguaje tan inconveniente. En esto ví que llegaba la Señora Zornoza, y como ésta se pone furiosa por la cosa más insignificante, temí que me volviera á agredir con un cuchillo, como antes lo había hecho, y me escapé inmediatamente. No la saludé. Cuando volví, Amelia á gritos me decía: Eres un grosero, yo no sé como educas á los niños, ¡educador de la juventud! ¡grosero! ¡grosero! Entónces se me vino encima y me pegó..... ¡Yo también le pegué, ¡oh señor!..... Y sin embargo, yo procuraba complacer en todo á esa mujer; yo vendí una obra que valdría más de tres mil peses, en cuarenta, todo por complacerla..... Sí, le pegué, ¡Ella también me pegó!

Presidente.—Tiene usted muy mal carácter; cuando ménos, así resulta de algunas averiguaciones que se han hecho. El Señor Marquet, ha dicho que á veces, cuando no podía usted pegar á los niños, se pegaba á sí mismo.

Rode.—Señor, desde la edad de 18 años estoy entregado al magisterio. Esta profesión la abracé con ardor, con pasión; ahora tiene uno que enseñar á niños de buena y de mala índole, los hay buenos y los hay malos; además, cuando se toma

á pechos su educación moral ó intelectual, tiene que sufrir-se mucho; suponga usted que haya pasado lo siguiente: que tratara yo de hacer comprender á cierto niño un punto de aritmética, y que éste fuese de mala índole; le preguntaba, por ejemplo, cuántos son 5 por 8, y me respondía 32 y llevamos 4, 2 por 8\_20 y llevamos 3; esto causaba la hilaridad en toda la clase, teniendo yo que corregirlo, que castigarlo naturalmente.—En el reglamento de mi establecimiento estaba severamente prohibido todo castigo personal.

Presidente.—No es esto lo que yo decía, sino que una prueba del mal carácter de usted es que se pegaba á sí mismo, cuando no podía pegarles á los niños.

Rode.—Muy bien pudo haber sucedido esto alguna vez; pero no era frecuentemente, absolutamente no lo era, y así como la sucesión de actos buenos constituye la virtud, y de actos malos el vicio, una costumbre quedaría establecida cuando sea frecuente determinado acto, y eso de que me pegase solo, no tenía esa frecuencia, ya lo he dicho.

Presidente.—Una señora de la familia de usted, Doña Carlota, también ha revelado que usted tenía mal carácter.

Rode.—Mi tía Carlota es una santa, señor, y el menor acto de impaciencia ó de disgusto lo cree el reflejo de un mal carácter.

Presidente.—Esta mañana declaró usted que su esposa era muy lujuriosa; sin embargo, la familia de ella declara que usted era un hombre inmoral y corrompido que la pervertía; á este respecto, hay una declaración de la jóven Dolores que dice que la esposa de usted le tenía miedo, y no quería permanecer sola en su casa.

Rode.—Dire á usted lo que pasó. Dolores se quedó á dormir en mi casa; se le puso un colchón en la sala de la casa; mi esposa y yo nos quedamos en la recámara; allí tuvimos un disgusto por alguna palabra ó creo que porque al aproximarme á ella me dió un puntapié; entonces pretendí irme á la calle, y al efecto me empecé á vestir. En ese momento Dolo-

res entró á la recámara, naturalmente yo me cubrí con la mano, y de allí infirió ella lo que quiso, saliendo á llamar al gendarme, y haciendo un escándalo horrible. Llegó á poco con el gendarme, por más que yo le había dicho á Amelia: deténla! deténla! Esto es un escándalo. Entonces no me hizo semejante imputación; y además yo no concibo, ni en lo humano, ni en los últimos grados de la locura, que un hombre, ante una esposa hermosa como la mía, sea capaz de semejante acto.

Presidente.—Podría explicarse esto, por haber llegado usted á cierto grado de excitación.

Rode.—No; no señor, eso es enteramente falso y absurdo.

Presidente.—Usted ha referido que el 12 de Agosto tuvo un disgusto muy grave con la señora Zornoza.

Rode.—Sí, señor, y voy á explicar las causas de ese disgusto. Estaba Lolita Zornoza enferma de viruelas, y yo no quería que mi esposa fuera á la casa porque me parecía una imprudencia. Se iba, á pesar mio, y también se quedó á dormir en la casa.

Presidente.—¿Sólo ese día durmió en la casa?

Rode.—Si mal no recuerdo, creo que sí. Bien, yo todos los días entregaba el gasto á mi mujer, y ella se lo daba á su mamá; porque nos quedábamos en la casa.

Presidente.—¿Usted sólo daba el gasto para toda la familia?

Rode.—Sí, señor, y puedo asegurar que jamás le faltó, salvo los días en que hubo que empeñar algún vestido de ella, como ya he dicho, pero como entonces tenía que dar mucho más para la familia, no me alcanzaba.

Presidente.—La familia Zornoza desmiente todo esto; dice que usted no daba sino una parte del gasto.

Rode.—Ellos dicen eso; pero ellos mismos se contradijeron, pues la señora dijo: "Ah! sí, una vez me mandaron quince días la comida." Y yo puedo asegurar que día á día se les mandó y durante mucho tiempo.

Presidente.—¿Usted se refiere á la época en que vivían separados?

Rode.—Sí señor, en esa época, y no siguió esto, porque entonces se sacaron la lotería ó no sé por que tenían dinero. . .

Presidente.—Déjeme usted hablar, Rode. Mi pregunta ha sido ésta: ¿Por qué se disgustó con la señora Zornoza el día 12 de Agosto?

Rode.—Todo lo anterior se relaciona. Ese día era un domingo, en la mañana le dije á mi esposa: "Ahora voy contigo para mandar á la casa de Jurado, á donde nos están cambiando, los muebles pesados. . ." Mi suegra dijo: "Usted siempre pegado á su mujer, ¿qué hombre!" "Señora, hagame usted favor de dejarme hacer las cosas como yo quiero." A la hora del desayuno, ya dispuesta la madre á molestarme, me decía: "¡Pues no vá, no vá, usted es un pliegue de las enaguas de su mujer, no la deja ni un momento!" "Pero, señora, es natural, estoy recién casado, y debía usted alegrarse de que prefiera estar con ella en vez de irme á divertir á cualquier parte." "¡Hora no vá, hora no vá; así lo que va usted á conseguir es que lo haga guaje en cualquier momento"—¿Qué clase de madre será aquella que delante de sus hijos usa de semejantes expresiones? Entonces, yo indignado, tomé del brazo á mi mujer y separé á la señora. Arturo Zornoza se interpuso. "No, lo que es á mi madre usted no la ultraja."—Pero si ella es la que me ultraja á mí.—Salí con mi mujer, y Arturo se vino detrás gritándome é injuriándome.—¡Hombre, me hace favor de retirarse! Nada bastaba, se aproximó á mí y me metió las manos á la cara; yo le dije: "Se retira ó no sufro más, ¿pues qué también me casé con usted?" Siguió en sus ultrajes, llamó á un gendarme, y toda esta escena desagradable y ridícula la presenciaban una multitud de personas y las señoritas que estaban en un balcón enfrente.

Presidente.—Bueno! ¿Es cierto que usted pidió medio para cigarros?

Rode.—Como Arturo me *jalaba*, yo le dije: "Ya basta, agradezca á que es hermano de mi mujer, que si nó. . . Arturo era un loco alcohólico, yo temía que en un momento de locura me disparase un tiro, como se lo había disparado una

vez á su padre. Voy á enlazar ahora lo que he dicho con la pregunta que usted me hizo, Señor Presidente.

Presidente.—¿Usted pidió medio real para cigarros á la señora Zornoza? No veo un enlace enteramente lógico entre esa pregunta y la que usted ha referido.

Rode.—Sin embargo, lo tienen, señor, y á eso voy. Después del disgusto con Arturo, no podía considerarme muy seguro en la casa, y yo reflexionaba que mi esposa no debía permanecer ni un día, ni una hora, ni un segundo, en aquella casa donde se me había insultado, ultrajado; y he dicho el modo como salimos de allí perseguidos por Arturo. Este hombre tenía malas intenciones respecto de mí, como le consta al Señor Comisario Sánchez, que cuando me presenté á él en la Comisaría, después de la desgracia, tuve que separarme rápidamente de él, diciéndome: “¡atrás! ¡atrás!” y después me dijo: “¡Oh! Ese hombre traía muy malas intenciones.” Así yo tamé volver á la casa; pero Amelia me manifestó ya con muy buen modo que nuestra casa estaba convertida en una pocilga, porque todos los muebles estaban en desorden y aún no se habían lavado los suelos.—En virtud de esta súplica volvimos á la casa; como ví á todos que me ponían buen semblante, y además, me constaba que mi esposa entregaba todo el dinero que yo le daba á su madre, yo no tenía dinero ni para cigarros; por esto pedí medio á la señora. (Rode no pudo continuar hablando, tomó una poca de agua). Continuó: á ésto llama farsas la familia Zornoza.

Presidente.—Ese mismo día que pidió usted el medio real, la familia intentaba tomar algunas providencias para promover de nuevo el divorcio de ustedes; si el disgusto era con la suegra ¿á qué venía esto?

Rode.—Porque mientras salí, la madre aleccionó á mi mujer diciéndole: “A ver como te separas de ese hombre que tanto te molesta; es muy ridículo.”

Presidente.—¿Así se explica usted el trato que recibió después de su esposa?

Rode.—Sí, señor juez, y la prueba de que no estaba lo

mismo, de que ya vivía en otras ideas, fué lo que sucedió después. Al disgusto que había tenido con la señora Zornoza, no le dí gran importancia, pues intentaba irme fuera de México, para separar definitivamente á mi esposa de la familia, y sobre todo de la madre.

Presidente.—¿Usted trataba de llevarla á Veracruz?

Rode.—Nó, señor; el clima de esa ciudad sería mortífero tanto para mí como para ella; yo intentaba ir á cualquiera otra parte; pero la fatalidad se interpuso.....

Presidente.—Vamos á algunas preguntas de un orden bien distinto. ¿Usted ha padecido alguna vez del cerebro?

Rode.—Se cree, señor, que he revelado esas enfermedades por buscar una exculpante; pero no es ésto, puedo asegurar que á la edad de 13 ó 14 años, tuve algunos ataques epilépticos. Después trabajé mucho en Guadalajara, intentaba quedarme de propietario en un gran colegio que allí había; con tal motivo no omitía ninguna clase de sacrificio ni esfuerzo. Como usted ve, señor, yo no soy un hombre vigoroso. Aquel colegio se clausuró; esto naturalmente me produjo un gran dolor. Mi padre me dijo que no me afligiese; entonces él tenía aquí un gran colegio. Yo me vine, y en León me dió un ataque; después se me dijo que había estado trastornado del cerebro. Después, en Europa trabajé mucho por terminar mis pobres obras que se han publicado aquí. En Cuadalajara, como he dicho, trabajé con ahinco, con ardor. El Señor Puga me decía: cuando cubras el capital te quedarás con este gran colegio; mi padre, el pobre viejo, en sus cartas también me recomendaba el empeño, el trabajo constante, yo lo obedecí. Trabajé con desvelos, con sacrificios inmensos, y perdí el cerebro en León.

Presidente.—¿En México estuvo usted enfermo alguna vez?

Rode.—Nó, señor, sino como dijeron que había estado loco, me preocupé mucho, y acudí á cinco ó seis médicos, para que me curasen; pero en realidad ya no tenía nada.

Presidente.—¿El Señor Bandera lo curó á usted?